

# JESÚS ACOGEDOR

Reflexión para los equipos de los proyectos de Acción Social de la Parroquia de Cristo Salvador

## Las comidas de Jesús

El ambiente de la comida es uno de los lugares privilegiados en los que a Jesús le gusta revelar que él ha venido a acoger con predilección a los que reconocen sus pobreza y no a los que se consideran gente de bien.

*Lc 5,27-32.* Lucas, el evangelista de la misericordia por excelencia, pero también Mateo y Marcos, recogen el banquete que Leví, el publicano, ofrece a Jesús, con gran escándalo de los escribas y de los fariseos, que reprochan a Cristo el que se sienta a la mesa con los pecadores. Si Jesús acepta comer con gente de mala reputación es precisamente para poner de manifiesto el sentido de la acogida evangélica: *Yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores, para que se conviertan.*

*Lc 7,36-50.* Se trata de la misma lección. En este caso Jesús está en una comida que le ofrece Simón el fariseo, cuando una mujer a la que llamaban pecadora le baña los pies con un perfume muy caro.

Otras dos comidas convergen hacia la eucaristía: las bodas de Cana, recogidas sólo por san Juan, y la comida de Emaús, que relata san Lucas. El banquete de la Eucaristía recuerda todas estas comidas recogidas en el evangelio y otras muchas, sin duda, en las que Jesús acoge a los pecadores, es decir, a nosotros. Cuando Cristo pronuncia estas palabras: *Sangre de la alianza nueva y eterna, que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados...*, Jesús, podemos imaginarlo, se acordaría de todas esas comidas con Leví, con el publicano, con Simón el fariseo. Y pensaría ya en nosotros. Como hoy sigue acordándose en cada Eucaristía, cuando celebramos el memorial.

## Los gestos de Jesús

La acogida de Jesús por los que sufren está cargada de una calurosa humanidad, que se expresa a través de gestos de compasión, gestos corporales que dicen mejor que las palabras de atención, la ternura de Jesús. En el evangelio de Lucas se resaltan de manera especial estas actitudes. No es extraño, pues es el evangelista de la misericordia, la acogida de todas nuestras miserias humanas.

*Lc 4,38.* *Jesús se inclina sobre lo suegro de Pedro.* Se inclina sobre... ¿No es un gesto maternal por excelencia? ¡Inclinarse sobre la cuna del niño! En un plano simbólico, si hacemos la trasposición, ¿no podemos ver a Dios inclinarse sobre cada uno de nosotros para acogernos con amor cada vez que en el ajeteo de la existencia recurrimos a él?

*Lc 5,12.* *Toca al leproso,* paria de la sociedad. ¿Quiere darnos a entender Dios que es él el primero en dejarse tocar por nuestras penas,...? Así, la mujer hemofílica lo toca para que él, Jesús, se sienta *tocado* (Lc 8,43).

*Lc 7,14.* *Toca al ataúd* del hijo de la viuda de Naín. Gesto provocador que lo hace impuro ante la ley, fuera de la ley, por tanto, ante los ojos de los fariseos. Gesto sorprendente en el que Jesús muestra que también él se siente *tocado* por el dolor de esta mujer que llora a su hijo. Sorprendentes también las palabras de compasión aparentemente inútiles que dice a la madre: *¡No llores!* ¿Por qué dice esto Jesús cuando ya no nos quedan ojos más que para llorar, sino es para mostrarnos que él no puede hacer otra cosa que mostrarse inútil ante el dolor de la muerte que separa, mientras que es eficaz en la invisible resurrección? Esperanza que puede secar nuestras lágrimas.

*Lc 7,44.* *Esta vez es la mujer a la que llamaban pecadora la que lo toca. Y Jesús no tiene miedo de mirar a la cara a una mujer de vida alegre... ¡envuelta en lágrimas! Se vuelve hacia ella.* Siempre en

el plano simbólico, por supuesto, ¿no quiere hacernos comprender Dios por este gesto aparentemente anodino que él se vuelve hacia sí mismo en su ser profundo cada vez que ve cómo el pecado nos desvía de él, nos quebranta y hace de nosotros mujeres, hombres de vida triste? impresionado literalmente, nos convierte, nos perdona. ¿No es acaso esto lo que dice a la mujer que ha sabido amar?: *¡Porque ha amado mucho, se le perdona mucho!* He aquí hasta dónde llega la acogida de Dios: ¡un exceso de amor!

*Lc 8,30. ¿Cómo te llamas?* Jesús le hace esta pregunta a un hombre poseído por el demonio. ¿A un vagabundo, o a uno de esos que hablan solos por la calle, tomándola con todo el mundo, os gustaría preguntarle su nombre? Ser llamado por el propio nombre es ya ser reconocido y ser amado. ¿No querrá decirnos Dios, al dirigirse personalmente a los que más nos repugnan, que para él cada ser humano es sagrado, que él ama a cada uno como para acogerlo por su nombre?

*Lc 8,49. Le toma la mano* a la hija de Jairo, a la que se cree muerta, para despertarla de su coma. ¿No quiere darnos Dios a entender que invisiblemente él nos toma de la mano para ayudarnos a pasar por tantas muertes como nos encontramos en la existencia?

*Lc 10,47. Acercó a un niño y lo puso a su lado.* Uno no le hace a un niño acercarse así como así. ¿Qué hizo Jesús para que se le acercara? ¿Sonreírle? ¿Qué palabras amables, apropiadas, le diría? ¿Un juego quizás? ¿Qué haría para que el chavalín quisiera *ponerse a su lado*? Sea lo que fuere, sabemos que Dios quiere hacernos comprender que los niños están muy cerca de él, que es necesario acercarse a él, a Dios, considerándose como un pequeñín. Hacerse niño de nuevo para ponerse al lado de Dios: es una de las condiciones para ser acogido.

*Lc 18,41. Jesús se detuvo...* Cuando estuvo cerca, le preguntó al ciego de Jericó: *¿Qué quieres que haga por ti?* Jesús no esquiva la dificultad. No hace como si no viera. Jesús no pasa de largo. Se detiene allí donde el hombre sufre, allí donde el hombre cae. Jesús se acerca a este ciego que pide limosna. Acercarse es una de las condiciones para acoger. Y he aquí que Dios mismo mendiga una respuesta de nuestra parte al deseo que tiene de acogernos. Es el sentido de sus palabras: *¿Qué quieres que haga por ti?* Ciertamente Jesús sabe muy bien de qué tenemos necesidad, lo que deseamos, pero quiere que le contemos nuestra vida. Como para acogernos mejor.

*Mc 9,21. Jesús fijó su mirada en él y lo amó.* Lo habéis reconocido. Se trata de aquel rico al que se llama el *joven*. Lucas no menciona esa mirada de Jesús. Sólo el evangelista Marcos repara en esto. ¿Qué hubo entre Cristo y este hombre? Dios y el hombre, mirándose a los ojos... Dios ve más allá de nuestros límites. Él nos ama *no a pesar de* nuestras limitaciones, con las que choca, sino por nuestra capacidad de amar. Nos acoge según nuestra medida. Acepta, pues, que digamos como el joven rico del evangelio: *No puedo. Es más fuerte que yo.* Dios nos acoge a pesar de todo, pues él puede amarnos hasta el infinito: el amor es más fuerte que él. ¡Dios, fuerte en el amor!

Para cerrar trabajaremos la historia de Zaqueo que san Lucas recoge en el capítulo diecinueve (1-10). Sobre todo me atrae este relato por esta declaración, que me haría dar todo el evangelio por esta sola frase: *Yo he venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido.*

Vayamos, pues, al encuentro de Zaqueo. Se encuentra a las puertas de Jericó. ¿Quién es este Zaqueo? Un señorito sospechoso, jefe de los publicanos, inspector de hacienda que, según todas las apariencias, debió de mojarse en no pocos chanchullos, pues, subraya el evangelio, es rico... Rico, quizás no sólo gracias al fruto de un trabajo del todo honrado.

*Intenta ver quién era Jesús.* ¿Simple curiosidad? No sólo eso. Intentar ver es el camino de la fe. Zaqueo no se desanima. Se adelanta corriendo. ¡Corredor de fondo! Es el fondo de Zaqueo que le hace ir hacia delante. Se sube a un sicómoro. Jesús debía pasar por allí. *Debía*, Dios debía pasar por allí porque era necesario que Dios fuera al encuentro de quien lo buscaba.

Por eso, llegado a este lugar, Jesús levantó la vista. Como en la noche de la primera Eucaristía celebrada para el perdón de los pecados en la que Jesús alzó la mirada hacia su Padre, también aquí la levanta hacia Zaqueo, que somos nosotros.

Lo que estaba perdido, es decir, lo que es imposible para el hombre, Dios lo hace. Lo que está muerto puede revivir. Ésta será la lección del hijo pródigo: *Estaba muerto y ahora vive*. Lo que se daba por perdido puede renacer. Yo llamo a esto *la esperanza del sicómoro...* Y me explico: cada uno tiene en su vida un sicómoro al que puede trepar para intentar ver a Dios. ¿Cuál es mi sicómoro? Es decir, ¿qué medios tengo el coraje de usar para subir hasta el sitio desde donde pueda ver lo que Dios tenga a bien mostrarme de sí?

#### **PARA TRABAJAR EN LOS EQUIPOS:**

¡Quién viva... lo verá! Mientras tanto, podemos preguntarnos, al menos según lo que podemos sacar de los evangelios y calcular por la teología:

- ¿Cómo ha acogido Jesús, no sólo a los otros, sino también a sí mismo y a la vida?
- ¿Cómo hacemos nosotros esta acogida?
- ¿Nos plantea esta reflexión nuevas líneas de trabajo?

**Haremos la puesta en común de esta reflexión y de las memorias en la reunión de final de curso.**